



El día 10 de Abril de 2013, *res publica* presentó en Pinto el libro de **Augusto Klappenbach Minotti** *Memoria de la Filosofía* (Editorial Anexo, 2013; <http://anexoeditorial.com>).

En el acto intervinieron Jorge Crosa, Feliciano Mayorga, Ceferino Fernández y Fernando Ferro, además del autor. A continuación recogemos el texto aportado por Jorge Crosa, con algunas imágenes ilustrativas, y las palabras del propio Augusto Klappenbach.

JORGE CROSA, [Mi memoria de Augusto Klappenbach](#)

AUGUSTO KLAPPENBACH, [Memoria de la Filosofía](#)

Mi memoria de Augusto Klappenbach
JORGE CROSA

MEMORIA DE AUGUSTO KLAPPENBACH

He de declarar que no he leído el libro que aquí se presenta hoy. Apenas he mirado los dibujitos... Pero es que no lo necesito. Mi cercanía a ÉL, nuestro inefable Augusto Ángel Klappenbach Minotti, en los dos últimos decenios me ha permitido incorporar parte de su sapiencia por ósmosis.

Como se me encomendó que hiciera, a continuación leerán ustedes *mi* memoria de ÉL. Se remonta a muchos años atrás. Veán cuántos son que llega retrospectivamente hasta el fin de la primera mitad del siglo pasado. Y de allí avanza, gratificante y enriquecedora hasta el presente. Espero que ustedes sean capaces de perdonar los saltos temporales que aparecen en la primera parte de esta relación... Comencemos con mis **imaginarios** recuerdos iniciales.

RECUERDOS IMAGINADOS

Yo era muy pequeño. Tenía apenas un año. Era el verano de 1948. Vivía en el barrio de Villa Devoto, en la ciudad de Buenos Aires. En la esquina de la calle de Pedro Morán (que nunca me interesé por saber quién fue) y la avenida San Martín (que sí sé quién fue), a pocas calles de mi domicilio, había un lugar que mi familia visitaba excepcionalmente porque allí se gastaba a veces algo del dinero que en casa no abundaba: el Bar Alemán. Sencillo bar y restaurante donde se podían comer emparedados de un pan negro denso, perfumado y sabroso y tomar cerveza. Lujo de humilde clase media porteña. Ese bar tenía un espacio al aire libre parcialmente cubierto por una pérgola. Allí se podía disfrutar de una tarde-noche de verano menos calurosa, en esa Buenos Aires de clima agobiante y húmedo.



Imagino como posible el recuerdo de una escena en la que mi hermano mayor y mis padres estaban sentados alrededor de la mesa metálica mientras yo, en mi cochecito de bebé, miraba para arriba y movía más o menos convulsivamente mis brazos y piernas.

Y aparecía ÉL, 10 años mayor que yo. Allí estaba, pajareando entre las mesas, mientras sus padres, como los míos, aprovechaban la tarde veraniega para su modesto esparcimiento. Éramos vecinos del barrio.

Se asomaba por encima del borde del cochecito en el que yo estaba sumergido y que me impedía ampliar mis horizontes visuales, me echaba un vistazo, hacía un mohín y salía corriendo...

Ese niño del recuerdo precoz de ese encuentro posible en cierta zona de la ciudad en la que ambos vivíamos a pocas calles de distancia, marcaría decisivamente mi vida. Su mirada entonces infantil me impondría un sello definitivo. Aunque yo todavía no lo sabía...

Pero no se trata de hablar de mi por mucho que le deba, sino de ÉL.

Se produce ahora un salto de unos 7 u 8 años en mi imaginación memoriosa.

Lo veo. Ahí está de nuevo, el jovencísimo Klappenbach, manifestándose en apoyo de una causa que consideraba justa: la defensa de la educación “libre”. No entraré en detalles acerca de esa postura ideológico-política sobre la educación. Sé que nunca ha sido agresivo así que supongo que no habrá arrojado piedras y mucho menos propinado golpes con cadenas de bicicleta a los manifestantes rivales que apoyaban la posición contraria en defensa de educación “laica”. Lo que sí afirmo es que se trató de un pecado de juventud que cometió, seguramente, porque todavía no había empezado a estudiar a Kant, y que a lo largo de su vida ha redimido ampliamente, casi en exceso me atrevo a afirmar.

Otro salto. Una nueva interrupción de mis recuerdos imaginarios de ÉL, de unos 15 años de duración.

En ese lapso estudia, estudia y estudia a muchos pensadores del ámbito filosófico, pero se va convirtiendo imperceptiblemente casi en un ‘fan’ de Kant. Aunque a veces se hace de ratos para desarrollar sus habilidades físicas y cantoras...



Pasa algún tiempo más en el que sigue acumulando ciencia y conciencia.

Anda ahora por los treinta y pico. Además de haberse dedicado al estudio, se ha ido relacionando bastante estrechamente con individuos de diversos grados de adscripción al catolicismo más elaborado y rompedor. Uno de esos individuos con los que tuvo contacto fue un señor de nombre Jorge Bergoglio quien –se dice-, merced al apoyo intelectual que le brindó ÉL, nuestro autor, en aquellos días de paseos reflexivos y conversaciones serias por las calles de Buenos Aires, llegó a alcanzar, primero, posiciones destacadas en la orden fundada por Ignacio de Loyola, hasta llegar a ser hoy, como todos ustedes saben, lo que los norteamericanos llaman CEO - Chief Executive Officer (Director General y Presidente) del Holding Vaticano desde hace unas pocas semanas.

Apenas unos años después (el comienzo de los años setenta) llegaron épocas locas, épocas hiperideologizadas, épocas convulsas, épocas violentas, épocas aciagas, épocas de dolor y angustia. Esto lo digo, lamentablemente, con mucha seriedad...

Y en el torbellino de entonces, le tocó hacerse cargo del rectorado de una universidad (la Nacional de Río Cuarto, en la argentina provincia de Córdoba), donde yo también fui a trabajar.



VERDADEROS RECUERDOS

Y desde allí y entonces los recuerdos no son imaginarios sino genuinos, cuantiosos y se amontonan con desorden en mi cabeza: ÉL es un señor que viste camisa y corbata; el mismo señor que se traslada en coche oficial oscuro con chófer; un señor que apoya a y se apoya en los sectores universitarios que en aquel momento se consideraban más progresistas y renovadores de una sociedad que era parte importante del patio trasero latinoamericano de los Estados Unidos de Norteamérica durante las últimas décadas de la guerra fría; un señor que termina alojado en mi casa durante algún tiempo, desplazado de la suya por la onda expansiva de un artefacto dañino colocado y explotado bajo una ventana del sitio donde vivía.

La experiencia de conducción universitaria duró poco. Pero dejó huella.

Aquí llegamos al primer testimonio de personas menos interesadas que yo en “hacerle la pelota” al sujeto de nuestros recuerdos, ya que tendrán muchas menos posibilidades que un servidor de deleitarse con los tallarines que nuestro filósofo prepara de vez en cuando.

Lo que figura a continuación es parte de una entrevista al actual Rector de la Universidad Nacional de Río Cuarto, Profesor Marcelo Ruiz, aparecida en la página Web de la publicación *vuelodigital.com.ar*, con motivo de la elección de dicho profesor como rector, a mediados del año pasado, 2012.

El entrevistador pregunta:

3) ¿Hay antecedentes de políticas universitarias en el país, puestas en prácticas, que sean ejemplos a seguir en relación al compromiso social más allá de lo específicamente académico? Lo digo por la impronta que se le quiere dar a la Universidad Nacional de Río Cuarto...

El rector responde:

Sí, por supuesto. Pensemos primero en nuestra propia historia de las universidades latinoamericanas y en particular en la Argentina. Pienso que en nuestra propia Universidad, la de Río Cuarto digo, la etapa de Augusto Klappenbach fue particularmente novedosa, en un sentido profundamente transformador; lo académico no estaba dissociado de las experiencias, propuestas y apuestas del campo popular para transitar los caminos de liberación.

Y otro recuerdo que hice mío proviene de aquellas mismas épocas, cuando ÉL esparcía su siempre creciente sabiduría por las aulas de la jesuítica Universidad del Salvador de Buenos Aires. Dice la autora:

“Lo conocí a Augusto en 1976, en la Universidad del Salvador mientras cursaba mi primer año de la carrera de Psicología. Fue mi docente en la asignatura "Antropología Filosófica".

Era un curso numeroso, mayoritariamente mujeres y dada la asignatura en cuestión, esperábamos encontrarnos con un profesor "jovato [viejo, en idioma de Buenos Aires] y aburrido"... ¡Gran sorpresa! Ingresó un joven y apuesto morocho de voz potente y seductora que nos cautivó de inmediato. Y así, a mis 24 años, empecé a tomarle el gustito a los presocráticos. Y de ahí en más, sus clases fueron realmente novedosas, dinámicas, muy interesantes.

Como docente se destacó por su humildad, claridad conceptual, empatía, apertura al diálogo, fomentaba la participación activa de los estudiantes; nos instaló la duda y con ello la posibilidad de cuestionamiento y confrontación como método y recurso pedagógico y de aprendizaje, cosa extraña para la época, mucho más considerando que fue el momento del golpe militar y en los claustros académicos también la obediencia y el acatamiento marcaban el estilo de la relación docente-alumnos. Sus clases fueron un oasis. Aprendimos mucho y bien.

Fue muy respetado y muy apreciado. Un "profe raro": formal aunque no acartonado, serio aunque no distante, riguroso/estricto aunque tolerante... lo extrañamos cuando terminó el curso; y eso es mucho!

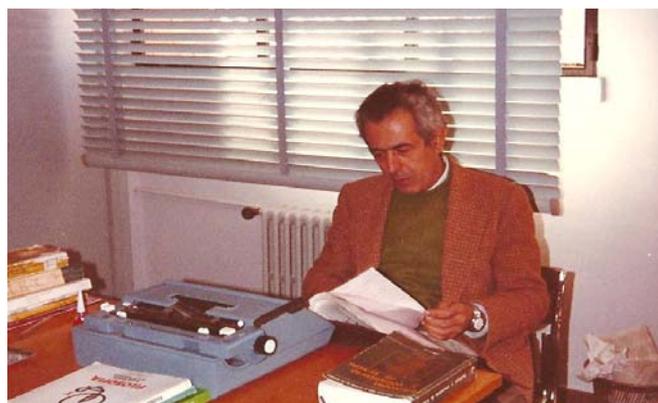
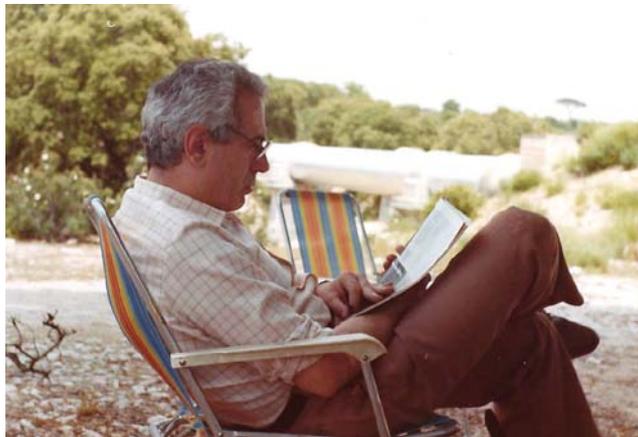
Una particularidad que recuerdo gratamente (y adopté luego como docente en mis cursos) fue que sus exámenes siempre fueron "de elaboración", es decir que era imposible copiarse. Y además eso significa una gran dedicación de su parte para leer cada respuesta, cada relato, cada comentario, cada cosa dicha/pensada/escrita por el alumno. Obviamente, sus correcciones siempre impecables, claras, precisas y apuntando no a marcar el "error" sino a pensar y comprender.

Haberlo conocido fue una bella experiencia y el reencuentro sorpresivo en su propia casa, después de veintipico de años, resultó algo absolutamente intransferible, una emoción única... ¡Si hasta le "perdoné" sus canas y la rasurada del bigote! Cuñados, me hicieron un gran regalo ese día!"

Pues sí, quien nos ofreció este testimonio es una exalumna suya que, casualmente, es también una de mis cuñadas y vive en Buenos Aires.

Desde mediados de los años 70 hasta fines de los 90 no recuerdo nada más que haberlo recordado en varias ocasiones. No sabía que los dos estábamos lejos del hemisferio sur, a buena cantidad de miles de kilómetros de distancia uno de otro. Habíamos salido de Argentina para poder recuperar un sueño tranquilo.

Después me enteré que durante ese período había seguido estudiando, leyendo y enseñando...



Y en algún caso sus exposiciones fueron tan profundas y sentidas que llevaron a ilustres personajes como el Profesor Tierno Galván al borde de las lágrimas... ¿O del estornudo alérgico? Ustedes juzgarán.



Nos reencontramos físicamente en 1989, en Madrid. Myriam, mi esposa, se había cruzado accidentalmente con ÉL algún tiempo antes en un viaje que hizo a esta parte de Europa, en una terraza veraniega de Las Vistillas, en Madrid, donde en ese preciso momento ÉL estaba predicando, aferrado a un gran vaso de cerveza.

A partir de ese momento y hasta la actualidad los recuerdos son mucho más numerosos y, claro, cada uno de ellos es individualmente menos denso que los de aquellas épocas anteriores. Además, desde aquí hasta el fin de mi memoria, los recuerdos sobre ÉL a los que me referiré y, sobre todo, los reconocimientos que haga de su proceder, incluyen a Doña Sarah, que viene a ser la persona que lo cuida, lo viste atildadamente, lo alimenta, lo lleva y lo trae para que no se pierda. Y que, además y como si fuera poco todo lo antedicho, se atrevió a casarse con él.

Recuerdo entonces que cuando mi mujer, mi hija y yo llegamos de México a instalarnos en esta zona del planeta ÉL nos prestó una vivienda en la que dar reposo a nuestros sacudidos organismos, nos orientó y aconsejó para que sorteáramos más felizmente los escollos de una transculturación como la que emprendíamos, compartió amigos con nosotros.

Y bueno, también recuerdo que enseñó en institutos a jóvenes entonces prometedores como nuestro queridísimo Feliciano Mayorga, aquí presente, a quien le instiló el placer que da el pensamiento filosófico y el cierto gusto que proporciona sufrir los dolores de cabeza que propicia el humanismo.

Además, la deuda de mi familia con ÉL es grandísima. Contribuyó decisivamente a hacer de nuestra hija Ana, que también fue su alumna durante su juventud más temprana, algo parecido a lo que contribuyó a hacer de Feliciano: una persona con la que a mí me gusta mucho conversar porque es más inteligente, tanto en el plano intelectual como en el emocional, que lo que habría sido si ÉL no se hubiera cruzado en su camino.

Bueno, he de señalar que entre mis recuerdos se incluyen algunos que no dejan muy bien parado a nuestro autor, como su inveterada tendencia al despiste que ilustra acabadamente el siguiente recuerdo que nos aporta justamente mi hija Ana. Dice ella:

Gracias a Augusto un grupo de unos 20 alumnos de 16 años aprendimos lo que eran las ideas innatas según Kant. Para explicarlo nos puso el siguiente ejemplo:

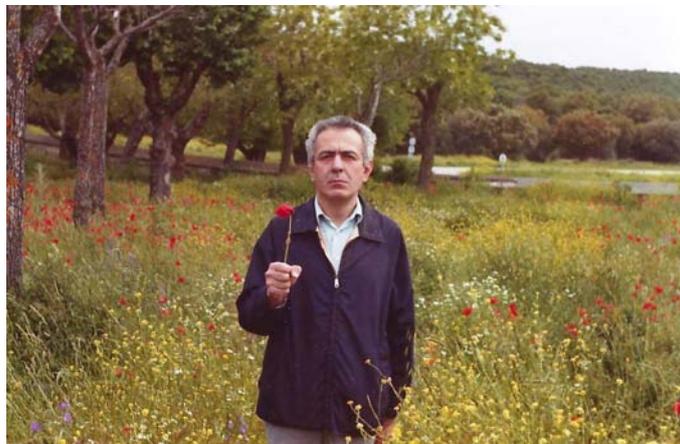
Si tenéis un amigo en Afganistán que os cuenta que allí los perros son verdes podéis llegar a creerle, ya que nunca habéis estado en Afganistán. Ahora bien, si este mismo amigo os cuenta que vive en lo alto de una colina y que, para ir al pueblo tiene que bajar por un sendero y que luego, para regresar a su casa tiene que volver a bajar por el mismo sendero, sabéis que eso es imposible aunque no hayáis estado nunca en Afganistán.

Gracias a este ejemplo entendí perfectamente a lo que se refería Kant: hay ciertas ideas que son universales. Por ejemplo, si una persona sale de su casa por la mañana temprana un día de invierno muy soleado, y al montarse en su coche un filtro blanquecino le impide tener visibilidad a través del cristal, la conclusión lógica, lo más probable, según Platón, es que el cristal esté cubierto de hielo. Sin embargo, Augusto, tal vez porque fuera pensando en Platón mientras hacía el recorrido de su casa al coche, bajo el sol naciente que le daba en la cara y lo encandilaba, cerró la puerta del vehículo y una vez instalado frente al volante, miró al frente a través del cristal y dijo “Pero que niebla que hay!”. Hay ciertas ideas universales que no van con él...

Sin embargo no quiero pecar de ingenuo. Aunque sea algo distraído y no otorgue importancia a muchos aspectos de la vida material que otra gente considera trascendentes, ÉL también sabe muy bien y desde largo tiempo atrás, arrimar el ascua a su sardina...



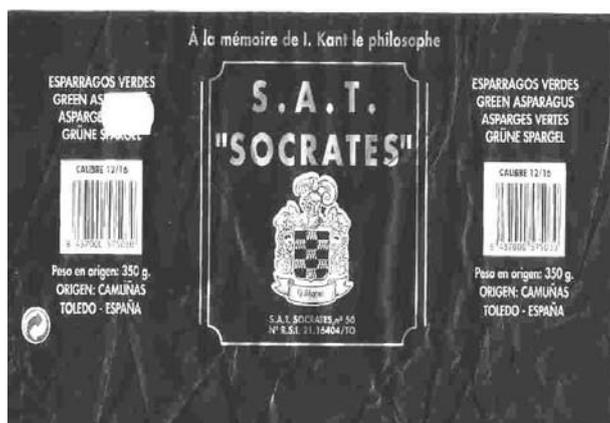
Por último, pero no por ello menos importante, recuerdo... que hace mucho tiempo que no me invita a comer algunas de las ricas milanesas (filetes empanados al uso argentino) que hace de vez en cuando. También recuerdo que hace cajas y otras manualidades de madera de muy buen gusto. Que escribe artículos y libros eruditos y concienzudos (como lo comprobarán quienes lean el que aquí hoy se presenta). Que le gustan varias series de televisión norteamericanas (¡habrá que perdonárselo...!). También recuerdo, claro, que siempre me trató afectuosamente (hasta hoy, al menos).



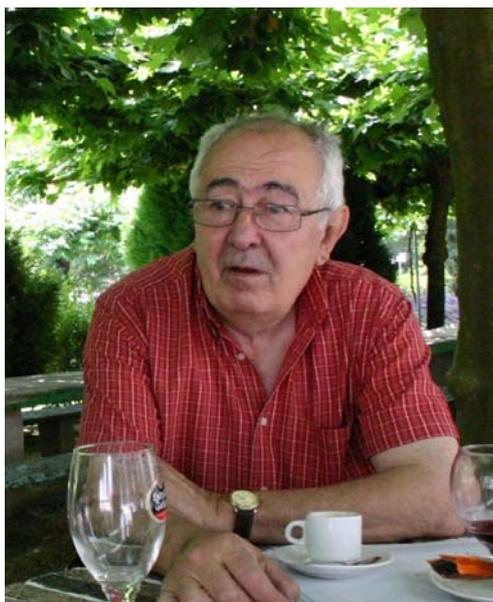
Aseguro que invertí mucho esfuerzo y energía en producir esta presentación de ÉL. Con el propósito de ser razonablemente objetivo, entre mis búsquedas estuvo obtener el testimonio de alguna novia que ÉL hubiera tenido y abandonado por otra, o de algún estudiante malamente “machacado” por un proceder arbitrario de su profesor Klappenbach. Pero no pude hallarlos. Ante tanto mérito impecable seguí explorando...

Y hace muy poco descubrí el secreto que celosamente guardaba para investirse de las tantas virtudes que yo he estado recordando. Contrariamente a lo que uno puede pensar, no se trata de la copiosa biblioteca que cubre algunas paredes de su casa ni la aún más amplia colección de ideas que el estudio de esos y otros libros han dejado con provecho en su sistema neuronal. El quid de la cuestión está mucho más al alcance de los demás comunes mortales, como yo, como nosotros, incomparablemente menos destacados, que no estamos citados en Wikipedia (¡sí, [ÉL](#) tiene una referencia personal específica en Wikipedia!)... El asunto es muy sencillo:

sus virtudes provienen de su siempre cuidada alimentación. Siempre ha ingerido el alimento material adecuado. Vean ustedes con qué se nutre habitualmente... ¡De haberlo sabido yo antes, hoy el homenaje habría sido para mí!



Esto ha sido todo lo que tenía que decirles acerca de ÉL, este amigo mío racionalista decimonónico, pudoroso y esencialmente bueno.



Y gracias por estar aquí.

Pinto, marzo de 2013.

Presentación del libro

El género literario “Historia de la Filosofía” está saturado. Cientos o miles de autores en todo el mundo han incursionado en el tema con mejor o peor fortuna. Me atrevo, sin embargo, a recorrer una vez más los más de dos mil seiscientos años de pensamiento filosófico occidental amparándome en un cambio de título: en lugar de “Historia” llamaré “Memoria” a lo que hago. Y lo explico.

He dedicado casi cuarenta años a enseñar Filosofía. Durante ese tiempo he debido explicar el pensamiento de los filósofos a estudiantes ajenos a estas disciplinas, lo cual me ha obligado a partir de cero, tratando de reconstruir la manera de pensar de Platón, de Aristóteles o de Kant sin apoyarme en supuestos académicos o terminología técnica. Y eso ha dejado un poso en mi memoria que es el que intento reproducir en estas páginas.

El término “memoria” lo uso por lo tanto en un doble sentido: objetivamente, como cuando el Defensor del Pueblo entrega su memoria anual, es decir, la reseña de lo que ha sucedido en ese año (algo más en este caso). Y subjetivamente, utilizando para esa reseña lo que ha quedado en mi memoria del trabajo de esas clases, aunque he de confesar que he consultado algunas fuentes y actualizado algunos datos. Para preservar este carácter de recuerdo y conservar en lo posible su origen oral omito referencias y notas al pie de página, aunque agrego al final una bibliografía comentada, también sacada de la memoria. Y renuncio de antemano a cualquier pretensión de haber elegido con justicia los autores que comento; ya se sabe que la memoria es injustamente selectiva.

Estas páginas resultarán inútiles para quienes hayan estudiado Filosofía. Espero que tengan alguna utilidad para quienes quieran acercarse a ella por primera vez: cuando hayan cumplido ese cometido introductorio será el momento de olvidarlas y leer a alguno de los maestros que en ellas se mencionan. Según la expresión de Wittgenstein habrá que tirar la escalera después de haber subido.

Justificación del libro

Los que nos dedicamos a la Filosofía estamos obligados a justificar lo que hacemos: un abogado, un ingeniero o un químico simplemente se dedican a su profesión. Nosotros

debemos dedicar buena parte de nuestras energías a explicar en qué consiste eso de la Filosofía y (peor aún) a justificar su utilidad, si es que la tiene. Como dijo el torero a Ortega y Gasset, cuando se enteró de que era profesor de Metafísica: “¡Hay gente pa´ to!” Me resigno, pues, a decir algo sobre esto.

Aristóteles decía que el comienzo de la Filosofía consiste en la admiración, en el asombro. Ver el mundo como si lo viéramos por primera vez, con mirada adánica. Y entre todas las cosas asombrosas, nada más extraño que el ser humano: un animal que se viste, que escribe poesía, que escucha música, que es capaz de matar sin motivo y de dar la vida por los demás, que no tiene lenguaje propio y tiene que inventárselo, que se comunica a distancia, que explora el universo, que es capaz de destruir su propio planeta. En todo el universo conocido no encontramos nada parecido. Desde este punto de vista, un elefante se parece más a una hormiga que el ser humano a un chimpancé.

Pero esto tiene su precio. La naturaleza nos ha concedido un privilegio, pero también nos ha impuesto una terrible carga: no nos ha dado una identidad, sino que tenemos que buscarla. El gato es gato y el pez es pez, pero el ser humano debe elegir su propia naturaleza: puede ser un asesino, un honrado trabajador, puede vivir de las mujeres o dar su vida por sus semejantes, puede atracar bancos o hacer oposiciones, puede seguir viviendo o suicidarse. Dice Ortega *que el hombre no es una cosa sino una pretensión, la pretensión de ser esto o lo otro, es un ser que consiste en aún no ser, mientras todo lo demás del mundo consiste en ser lo que ya es.* Por eso Neruda puede decir: *sucede que me canso de ser hombre.* No imagino que un gato se canse de ser gato: se cansará porque ha hecho demasiado ejercicio. La libertad será un privilegio, pero también es una carga.

Pues bien, lo único que pretende una Memoria de la Filosofía es poner sobre la mesa, estudiar y sistematizar las diversas maneras en que el ser humano se ha comprendido a sí mismo a lo largo de la historia. Porque esa tarea de construirse a sí mismo no es una tarea puramente individual sino que depende en gran parte de la época que nos toca vivir. Alguien dijo que la Filosofía es *la autonsciencia de la especie.* Y también ejercer una tarea crítica acerca de esa comprensión, discutir no solo acerca de *qué somos* sino de *qué debemos ser.* Kant resume la tarea de la Filosofía en tres preguntas: *¿Qué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo esperar?* Y las tres se resumen en la pregunta fundamental *¿Qué es el hombre?*

¿Sirve para algo la Filosofía? Depende qué se entienda por servir. Desde luego podemos comprendernos a nosotros mismos y al mundo en que vivimos sin necesidad de la Filosofía: hay muchos caminos para ello. Pero en estos tiempos en que la educación se desliza por el camino fácil de formar buenos trabajadores, rentables laboralmente, eficientes y adaptados a la sociedad que nos toca vivir, creo que estas actividades “inútiles” como la Filosofía, el esfuerzo por aprender a indagar acerca de uno mismo y del mundo que nos rodea, aportan una riqueza que el mero aprendizaje instrumental es incapaz de proporcionar. Y si se insiste en preguntar por su utilidad se podría responder como el físico Niels Bohr cuando le preguntaron para qué servía la nueva física que postulaba: *¿Y para qué sirven los recién nacidos?*